

Avanzar mar adentro a lo vicenciano

Claudio Santangelo, C.M.

PREMISA

Mi intervención no intenta recorrer el tema de las relaciones entre San Vicente y el Islán. Un trabajo de esa naturaleza lo ha abordado egregiamente el P. Yves Danjou en la sesión sobre el Islán que tuvimos en El Líbano en 1999 (cf. *Vincentiana* 43, N° 4/5). Mi objetivo, mucho más modesto, consiste en poner de relieve algunos aspectos que pueden marcar “vicencianamente” nuestro alejarnos de la orilla al dialogar con los musulmanes. En otras palabras, lo que me propongo consiste en ver cómo existe una forma vicenciana de seguir el mensaje del evangelio y las enseñanzas de la Iglesia en este campo, y lo que nosotros, los vicencianos, podemos contribuir de una forma original en este tema.

Mi atención, por tanto, consiste en destacar la barca vicenciana, barca pequeña comparada con la gran barca de la Iglesia, pero llamada a ser una señal, un indicador de las rutas posibles a seguir en este camino así como las barquitas del Bósforo, que preceden a los grandes cruceros e indican el camino más fácil.

Seguiré la metodología de extraer del tesoro de la espiritualidad vicenciana y de la Iglesia “lo nuevo y lo antiguo” que me ha ayudado concretamente en mi corta experiencia con el mundo musulmán en Turquía y que puede también ser útil para Ustedes; supongo.

MOVER LA BARCA: LA VELA

Subamos a nuestra barca Vicenciana y preparémonos a zarpar. Sabemos, es el Señor el que lo dice, que la barca que se nos ha confiado no es simplemente para flotar o navegar cerca de la costa. Es preciso ir mar adentro, abandonar la seguridad de la orilla, (de lo que se toca, de lo que conocemos) abandonar lo ya conocido que nos da tranquilidad y en lo que nos encontramos a gusto, para afrontar el mar abierto y descubrir horizontes nuevos, nuevas “provocaciones” que nos depara el Señor. Conviene hacer “borrón y cuenta nueva” de lo que sabemos

y de nuestras certezas, siguiendo su palabra, para andar a pescar a pleno día después de una noche totalmente infructuosa. Una vez levantada el ancla de nuestra seguridad personal, de las opiniones y de los criterios de juicio que nos tenían ligados a los estereotipos o lugares comunes, debemos mover nuestra barca.

Contamos con una vela y dos remos. Fijémonos en la vela. Es lo suficientemente grande para movernos velozmente incluso sin hacer mucho esfuerzo. Pero para estar tensa y poder funcionar, necesita del viento, algo que nosotros no podemos producir con nuestra fuerza. Es algo que tenemos que recibir de fuera, que no podemos producir nosotros mismos. Sin embargo, nosotros podemos buscarlo o interceptarlo allá donde sopla. Estoy seguro que todos nosotros, los aquí presentes, hemos sentido y continuamos sintiendo en nuestra vida ese viento, a veces fuerte e impetuoso como el de Pentecostés en Jerusalén, otra veces delicado y ligero como la brisa que sintió Elías en el Oreb. Es ese soplo que un día llenó tanto nuestro corazón como para vender todo con el fin de adquirir la perla preciosa. Es el amor de Cristo que nos empuja hacia el mar abierto, que nos envuelve y nos hacer ir siempre hacia adelante. *Caritas Christi urget nos*. Tiene que ser el amor a Cristo y nada más. Me parece importante recordar esto siempre en nuestras relaciones con los musulmanes.

Si queremos que nuestro diálogo vaya mar adentro y se libere de la sequía, de la conveniencia y de la formalidad, de la estrategia y de las técnicas humanas, tenemos que procurar que nos mueva siempre el amor de Cristo, ese amor que hemos experimentado y que hemos recibido. Para construir una relación de confianza y de apertura, es necesario que nos liberemos de toda posible contaminación humana, del cálculo, del deseo de logros que queremos conseguir. Yo he experimentado personalmente lo sensibles que son nuestros amigos musulmanes sobre este punto y lo importante que es salvaguardar el diálogo de ciertos prejuicios. Permítanme leerles un mensaje que recibí hace tiempo de un amigo turco y que me conmovió:

“Desgraciadamente hay mucha ignorancia en mi país. Antes de conocerte, veía a los cristianos solamente como misioneros (= que se dedican al proselitismo). Cuando te he conocido, tu no me has dicho ni una sola palabra de mi religión y no has hecho ninguna comparación. Me ha sorprendido. Ahora veo a los cristianos como personas normales”.

Añado que es importante no solo no hacer comparaciones, sino ni siquiera pensarlas. Solo el amor de Cristo puede garantizarnos la pureza de intención en nuestras palabras y en nuestras acciones y que garantiza la gratuidad y la *santa indiferencia*. Reflexionemos con San Vicente:

“...no basta con hacer las cosas que Dios nos ordena, sino que además es preciso hacerlas por amor a Dios [...] cuando hacemos o sufrimos alguna cosa, si no lo hacemos o sufrimos por amor de Dios, no nos sirve de nada; aun cuando fuéramos quemados vivos, o diésemos todos nuestros bienes a los pobres, como dice san Pablo, si no tenemos caridad y no lo hacemos o sufrimos por amor de Dios, no nos sirve de nada” (XIa, p. 291 s.).

“...Dios es una fuente inagotable de sabiduría, de luz y de amor; en él es donde hemos de buscar lo que les digamos a los demás; hemos de aniquilar nuestro propio espíritu y nuestros sentimientos particulares para dar lugar a las operaciones de la gracia, que es la única que ilumina y calienta los corazones; hay que salir de sí mismos para entrar en Dios; hay que consultarle para aprender su lenguaje y pedirle que hable él mismo en nosotros y por medio de nosotros. De esta forma él llevará a cabo su obra, sin que nosotros la estropeemos” (XIa, p. 314 s.).

El Papa Pablo VI define el diálogo como impulso interior de caridad (Ecclesiam Suam, 26). En efecto, aunque se exprese en gestos y palabras humanas, el origen del diálogo trasciende nuestra humanidad. Se halla en la intención misma de Dios. Nos lo indica el Papa Pablo VI en la encíclica ya indicada Ecclesiam Suam. Dios mismo está en el origen del diálogo, porque la misma revelación, según el diseño misterioso divino, ha tomado forma de diálogo, un coloquio entre Dios y el hombre, que encuentra su culmen en el Verbo de Dios hecho carne. Dios no cesa, no ha cesado nunca de conversar con los hombres y en esta conversación deja entrever algo de sí mismo: el misterio de su esencia trinitaria (cf. Ecclesiam Suam, 28).

Por tanto, si el diálogo viene de Dios, para no traicionar su esencia, su identidad, es necesario que nosotros nos despojemos constantemente de todo lo humano para dejarnos guiar por el Espíritu de Dios revistiéndonos del espíritu de Cristo. Una vez más San Vicente, al P. Antonio Durand, nombrado superior del seminario de Agde:

“...el esfuerzo humano lo único que puede hacer aquí es estropearlo todo, si Dios no pone su mano. No, padre, ni la filosofía, ni la teología, ni los discursos logran nada en las almas; es preciso que Jesucristo trabaje con nosotros, o nosotros con él; que obremos en él, y él en nosotros; que hablemos como él y con su espíritu, lo mismo que él estaba en su Padre y predicaba la doctrina que le había enseñado: tal es el lenguaje de la Escritura.

Por consiguiente, padre, debe vaciarse de sí mismo para revestirse de Jesucristo [...] también nosotros, miserables criaturas, a pesar de que no somos más que carne, ramas secas y espinas, cuando nuestro Señor imprime en nosotros su carácter y nos da, por así decirlo, la

savia de su espíritu y de su gracia, estando unidos a él como los sarmientos de la viña a la cepa, hacemos lo mismo que él hizo en la tierra, esto es, realizamos obras divinas” (XIa, p. 218s.).

“Realizamos obras divinas”. Ahí está la señal de que nos hemos alejado de la costa y de que navegamos a vela tendida. Sabemos bien que no resulta fácil. Nuestro “yo” y nuestras razones humanas ganan frecuentemente la delantera: amainamos la vela y la barca se para en la bonanza. Por eso debemos pedir frecuentemente al Señor que nos ayude a purificar nuestras intenciones, nuestras palabras y nuestras acciones, para que sean transparencia de El.

Una última consideración sobre el viento y la vela. El evangelio de Lucas nos dice que, al ver la abundancia de la pesca, Simón Pedro hizo señales a sus compañeros y una segunda barca se acercó para ayudarles. ¿Es posible imaginar que este viento pueda soplar también para empujar otras barcas y pueda llevarlas también a ellas mar adentro? Don Andrea Santoro, sacerdote misionero en Trabzon, Turquía, donde encontró el martirio en febrero de 2006, estaba convencido que “al final lo que cuenta consiste en que nosotros dejemos transparentar el bien que desea Jesús para todos y que se pueda ver a través de nosotros” (Cartas de Turquía, Roma, 2006, p. 172). A nosotros, vicencianos, no nos suenan estas palabras sorprendentemente cercanas a las de nuestro fundador:

“Hemos sido escogidos por Dios como instrumentos de su caridad inmensa y paternal, que desea reinar y ensancharse en las almas” (XIb, p. 553).

Yo creo que entre las obras divinas que el Señor nos habilita para llevar a cabo, está la de ayudar a otros a levantar sus velas y percibir el soplo del mismo viento que mueve nuestra barca. Creo que este viento de amor no conoce límites y que, a veces, si simplemente hiciésemos una seña, otras barcas se nos acercarían. He aquí algunas reflexiones de un amigo mío de Estambul:

“Me has hablado de ayudar a los pobres, por ejemplo a los que viven en África. Si quiero, ¿me ayudarías tu? ¿Me dirías el lugar en que ayudarles? ¿No se trata sólo de un sueño mío? Trabajaré para la Iglesia, lo sé. En realidad, puedo trabajar también por la iglesia: es la casa de Dios, como la mezquita. Estos días estoy repasando mi vida: tengo un trabajo, puedo comprarme cosas, tengo una novia a la que quiero de verdad, con la que quiero casarme y con la que quiero tener hijos [...] pero estas cosas son ordinarias. Quizá puedo ayudar a otros niños y finalmente mi vida tendrá sentido. Quiero cambiar algo, siento que mi vida así no tiene sentido. Y creo que Dios nos ha dado algo

que no tiene límites y que se puede compartir ‘no-stop’: el amor. Entonces, ¿porqué soy tan egoísta? Quiero encontrar una forma de matar este egoísmo”.

MOVER LA BARCA: EL PRIMER REMO

Como he dicho anteriormente, nuestra barca, además de tener una vela tiene también dos remos. Combinados con la vela, nos permiten navegar cada vez con más velocidad; pero exigen un mayor esfuerzo por nuestra parte. Cuanta más fuerza pongamos en los remos, a más velocidad iremos. Examinemos, por tanto, ahora los remos; los que el Señor ha dado a la barca vicenciana y sobre los cuales quiere que nos entrenemos. El primero lleva el nombre: **Misterio del Verbo Encarnado**. Conocemos bien el puesto de absoluta centralidad que la Encarnación ha tenido en la vida y en el pensamiento de San Vicente. Él no cesa de contemplar con estupor el misterio de

“nuestro Señor [que] ha podido dejarse arrastrar por el amor a las criaturas hasta dejar el trono de su Padre para venir a tomar un cuerpo sujeto a las debilidades” (XIb, p. 555).

En sus conferencias recalca repetidamente la idea de que el Hijo de Dios, al encarnarse, se ha igualado al ser humano haciéndose más incluso que San Pablo, todo a todos:

“No solamente tomó nuestras formas naturales de hombre, sino en cierto modo las morales: un entendimiento como nosotros, una manera de percibir las cosas físicas semejante a la nuestra [...] demostrando que tenía para esas cosas los mismos pensamientos que nosotros. Tenía también la misma forma de obrar, caminaba como nosotros, trabajaba como nosotros. En una palabra, para mejor acercarse a nosotros, se hizo semejante a nosotros [...], quiso parecer y obrar como nosotros, para hacerse amar; quiso injertarse en nuestra naturaleza para unirnos a él” (XIb, p. 543s.).

En particular, en el despojo y en el acto de humillación del Hijo de Dios que ha querido revestirse de nuestra humanidad débil y hacerse pobre entre los pobres, Vicente ve la fuente y la razón de todo nuestro apostolado: Cristo está efectivamente presente en los pobres, ellos son sus miembros dolientes.

Decía a las Hermanas:

“Servís a Jesucristo en la persona de los pobres. Y esto es tan verdad como que estamos aquí. Una hermana irá diez veces cada día a ver a los enfermos, y diez veces cada día encontrará en ellos a Dios [...] Id a ver a los pobres condenados a cadena perpetua, y en ellos encon-

traréis a Dios; servid a esos niños, y en ellos encontraréis a Dios. ¡Hijas mías, cuán admirable es esto! Vais a unas casas muy pobres, pero allí encontráis a Dios. Hijas mías, una vez más, ¡cuán admirable es esto! Sí, Dios acoge con agrado el servicio que hacéis a esos enfermos y lo considera, como habéis dicho, hecho a él mismo” (IXa, p. 240).

Y a los misioneros les recordaba:

“No hemos de considerar a un pobre campesino o a una pobre mujer según su aspecto exterior, ni según la impresión de su espíritu, dado que con frecuencia no tienen ni la figura ni el espíritu de las personas educadas, pues son vulgares y groseros. Pero dadle la vuelta a la medalla y veréis con las luces de la fe que son éstos los que nos representan al Hijo de Dios, que quiso ser pobre” (XIb, p. 725).

Me da la impresión que esta insistencia de San Vicente por mostrarnos cómo ha querido Cristo identificarse con el hombre puede ayudarnos y nos espolea no solo en nuestro servicio a los pobres sino de una manera general en nuestro trato con los que son “distintos” de nosotros, en este caso con quienes no comparten nuestra fe cristiana. A veces corremos el riesgo de “etiquetar” rápidamente a una persona según su pertenencia religiosa: ¡es un musulmán! Otras veces por el contrario, nos dirigimos a los demás con un sentido de apertura, siguiendo un sentimiento genérico de benevolencia y de confianza. Como vicencianos, deberíamos hacer más. Deberíamos “dar la vuelta a la medalla” para ver en el otro, con la luz de la fe, incluso en el musulmán, el rostro del Hijo de Dios. La Encarnación del Hijo de Dios es un remo con el que, en mi opinión podemos empujar más para avanzar mar adentro. Si el Verbo ha querido hacerse carne y ha venido a habitar entre nosotros, si ha querido “injertarse en nuestra naturaleza”, quiere decir que su rostro está representado, en cierto modo, en todo hombre. De nosotros depende abrir los ojos para poder reconocer sus rasgos.

La intuición de San Vicente ha encontrado una confirmación acreditada en el magisterio solemne de la Iglesia. En la Constitución pastoral *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II leemos esta afirmación preciosa:

“El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejantes en todo a nosotros, excepto en el pecado” (GS 22).

A nadie se le escapa el valor y el peso de la primera afirmación: con la Encarnación, el Hijo de Dios se ha unido, en cierto modo, **con**

todo hombre. Es una afirmación que el Beato Juan Pablo II ha vuelto a tomar y ha explicitado en su primera encíclica *Redemptor Hominis*, en marzo de 1979:

“[...] el hombre – todo hombre sin excepción alguna – ha sido redimido por Cristo, porque con el hombre – cada hombre sin excepción alguna – se ha unido Cristo de algún modo, incluso cuando ese hombre no es consciente de ello” (RH 14).

A continuación la ha vuelto a usar y a proponer en numerosos discursos y encuentros con el mundo musulmán. Reflexionemos un poco sobre el caudal de esta verdad en sus encuentros con los musulmanes. ¡Cómo cambian nuestra perspectiva y nuestra actitud si de verdad creemos que de algún modo, también se ha querido unir a ellos el Hijo de Dios! De golpe ya no los miramos como extraños, como personas lejanas, ajenas a nuestro mundo, a lo sumo como potenciales destinatarios del mensaje o del servicio que queremos prestarles; las vemos como personas que están dentro, dentro del diseño de salvación, dentro del amor de Dios, dentro del misterio de la Encarnación. También ellos llevan en sí – lo sepan o no – algo de Cristo. Personas que, sin darse cuenta, tienen algo que decirnos sobre Jesucristo, que nos revelan algunos aspectos, algunas facetas de él. ¡Cómo cambia y aumenta ahora, nuestro interés por relacionarnos!

Personalmente, me he vuelto mucho más atento y mucho más curioso por descubrir esta presencia de Cristo en quien no lo conoce como Hijo de Dios. Me parece que “cuenta más” descubrirla aquí que donde parecería más lógico o espontáneo buscarla. Me ha dado una inmensa alegría oír a mis amigos musulmanes, sin que ellos lo sepan, casi las palabras mismas de Jesús “Dios quiere ser encontrado por el que estaba perdido... quiere que nosotros estemos junto a él... el amor es la llave más importante de Su mundo”. Eso me ha escrito un amigo turco.

Christian de Chergè, prior de la famosa comunidad trapense de Tibhirine en Argelia, martirizado en la primavera de 1996, escribía:

“Para entrar en un verdadero diálogo es necesario que aceptemos, en nombre de Cristo, que el Islán tiene algo que decirnos de parte de Cristo” (en CHRISTIAN SALENSON [Ed.], Orar en tiempos de tormenta, 2008, p. 76 [original: Prier 15 jours avec Christian de Chergè, prieur des moines de Tibhirine]).

Christian Salenson comentando estas palabras escribe:

“Por una extraña paradoja, los cristianos reciben el Cristo que anuncian precisamente de aquellos a los que lo testimonian. No poseen un conocimiento exhaustivo de Cristo solo por el hecho de que Él se ha

revelado plenamente en Nazaret, sino que lo reciben también de otros creyentes y de otros hombres” (ibid.).

Sí, Cristo tiene algo que decirnos por medio de nuestros amigos musulmanes. No solamente algo interesante o relevante sobre las religiones, sobre la fraternidad, sobre el diálogo, sino algo sobre Él mismo, mejor algo **de** sí mismo. Cojamos el remo del misterio del Verbo Incarnado, meditémoslo con sus implicaciones, y decidámonos a usarlo con renovado vigor. Ello nos empujará mar adentro, no solo en nuestro diálogo interreligioso sino también en el conocimiento de Nuestro Señor.

MOVER LA BARCA: SEGUNDO REMO

Cojamos ahora el otro remo con el cual se equipara la barca. En él podemos leer: **dimensión universal de la misión**. En efecto, si hacemos correr la actividad y los campos en los que San Vicente quiso ver empeñados a sus hijos e hijas, no nos podemos quedar sin impresionarnos por su variedad y multiplicidad ya sea por el tipo de ministerios: misiones populares, ad gentes, seminarios, asistencia a los galeotes, a los esclavos, a los huérfanos, a los nobles empobrecidos, a los enfermos mentales, a los soldados del frente, etc., sea por la distribución geográfica: Francia, Italia, Polonia, Irlanda, Madagascar, Berbería. Realmente, para San Vicente las misiones no conocen límites ni de espacio ni de expresión. Y sobre todo no conoce restricciones de destinatario. El manifiesta claramente esta convicción a las Hijas de la Caridad:

“Tenéis una vocación que os obliga a asistir indiferente-mente a toda clase de personas, hombres, mujeres, niños y en general a todos los pobres que os necesiten” (IXb, p. 1010).

Y a los misioneros les recuerda con palabras justamente famosas:

“Por tanto, nuestra vocación consiste en ir, no a una parroquia, ni sólo a una diócesis, sino por toda la tierra; ¿para qué? Para abrazar los corazones de todos los hombres, hacer lo que hizo el Hijo de Dios, que vino a traer fuego a la tierra para inflamarla de su amor. ¿Qué otra cosa hemos de desear, sino que arda y lo consuma todo?” (XIb, p. 553).

Por el contrario Vicente estigmatiza duramente la actitud de los que quisieran restringir los horizontes de pensamiento o de acción:

“¿Y quiénes serán los que intenten disuadirnos de estos bienes que hemos comenzado? Serán espíritus [...] que sólo piensan en divertirse y, con tal que haya de comer, no se preocupan de nada más. ¿Quiénes más? Serán [...] Más vale que no lo diga. Serán gentes comodonas

[...] personas que no viven más que en un pequeño círculo, que limitan su visión y sus proyectos a una pequeña circunferencia en la que se encierran como en un punto, sin querer salir de allí; y si les enseñan algo fuera de ella y se acercan para verla, enseguida se vuelven a su centro, lo mismo que los caracoles a su concha” (XIa, p. 397).

No hay duda por tanto, de que a los ojos del Santo, ambas comunidades están llamadas a abrirse, a remar mar adentro, a nutrir una visión global y una perspectiva universal, a “concebir grandes y santos ideales por el servicio de Dios” (XIa, p. 397). Es el Omnipotente el que les ha confiado esta misión. Para San Vicente esta no es otra que la continuación, la expansión de la misma misión del Hijo de Dios que vino a “*a traer fuego a la tierra para inflamarla de su amor*”. Hacer llegar a todos, por tanto, el fuego del amor de Dios, que llegue a todas partes, revelar y hacer presente este amor, a través de la propia vida, acciones, palabras, dar a conocer y hacer amar el rostro de Dios. A todos, sin excepción porque todo ser humano necesita y tiene derecho a conocer este amor, de sentirse amado de Dios a través de nuestro amor. Nuestra misión es universal, porque también es universal la oferta que Dios hace de su amor, y es también universal la sed de amor en el corazón de todo hombre.

“Hemos sido escogidos por Dios como instrumentos de su caridad inmensa y paternal, que desea reinar y ensancharse en las almas” (XIb, p. 553).

Annalena Tonelli, voluntaria italiana que dio su vida en Somalia (2003) para que la caridad de Dios fuese establecida entre los que todavía no la habían conocido, dijo en uno de sus testimonios: “Después de 34 años que grito el evangelio solo con mi vida y ardo en deseos de gritarlo hasta el final, los musulmanes dicen que iré al paraíso con ellos, y me repiten con frecuencia: nosotros tenemos la fe, tu el amor”. Ha revelado el amor, lo ha testimoniado, lo ha encarnado en su vida.

En el curso de la historia de la Iglesia, como lo ha indicado muy bien el P. Robert Maloney en una conferencia en el centro vicenciano de formación permanente, el paradigma de la misión ha conocido varias modulaciones de significado: cruzada, enseñanza, llamada a la conversión, liberación, testimonio, inculturación, diálogo, peregrinación, profecía (*Ser misionero hoy*, en: ROBERT P. MALONEY, *Escucha el grito de los pobres*, Salamnca, 1996, p. 157s.).

Personalmente, la definición y el programa de misión que siento más mío es siempre el de San Vicente de hace casi 350 años:

“Es cierto que yo he sido enviado, no sólo para amar a Dios, sino para hacerlo amar. No me basta con amar a Dios, si no lo ama mi prójimo” (XIb, p. 553).

Creo que este paradigma, el vicenciano, no perderá actualidad ni veracidad. También en este remo debemos trabajar con energía, para adentrarnos sin miedo a aguas profundas.

San Vicente le escribió a Carlo Nacquart destinado a la misión de Madagascar:

“Vaya, pues, padre, y ya que le envía Dios por medio de sus representantes en la tierra, eche las redes con valentía” (III, p. 258).

También nosotros vamos y lanzamos las redes del amor de Dios en el mar del mundo, empujando hacia adelante a vela tendida y remando fuerte. Podrá suceder que nuestra pesca parezca producir poco o ningún fruto. Ahora bien, si nos sentimos un poco descorazonados, meditemos y hagamos nuestras las palabras de San Vicente al P. Antonio Fleury enviado a la difícil misión de Saintes:

“Tiene que convencerse que Dios pide únicamente de usted que eche las redes en el mar, pero no que recoja usted peces, ya que le toca a él hacerles entrar dentro de ella. Y no dude de que lo hará si, después de pescar toda la noche a pesar de las dificultades de la empresa y del endurecimiento de los corazones, dormidos casi todos ellos para las cosas de Dios, espera usted con paciencia a que llegue el día, cuando los despierte el sol de justicia y su luz los ilumine y caliente. A este trabajo y a esta paciencia hay que añadir la humildad, la oración y el buen ejemplo; luego ya verá la gloria del Salvador” (VII, p. 294).

Permítanme como conclusión de mi presentación, compartir con Ustedes algunas de las ocasiones en las que, por así decir, me ha sido concedido “ver” la gloria del Salvador en tierra musulmana, momentos en los que he visto confirmada la universalidad de nuestra misión.

Verdaderamente puedo decir que, durante todo el tiempo pasado en Turquía, no he tenido otro interés, otro deseo en mi trato con mis amigos musulmanes que este: dar a conocer el amor de Dios hacia todos y cada uno de ellos, para pudiesen descubrir lo mucho que les ama: un amor incondicionado, gratuito. No me ha preocupado si ellos compartían lo que yo creo de Jesús: me importaba más que el amor de Jesús, el amor que Jesús tiene por cada uno pudiese llegarles a través mío y que la imagen que ellos tenía de Dios se abriese, o mejor se ampliase, se completase hasta llegar no solo a respetarlo o temerlo sino a amarlo.

Y he aquí que un día un amigo mío, joven, me dijo con estupor: “Pero ¿porqué tú te preocupas por mí, que no soy cristiano, porqué pierdes el tiempo conmigo escuchando mis discursos y mis problemas? Tú debieras ocuparte de los jóvenes cristianos”. Le pude responder: “Porque todos, también tú, somos criaturas de Dios, y todos tenemos el derecho a su amor”.

Ese mismo joven en otra ocasión, me hizo una confidencia que quedó grabada en lo más profundo de mi ser y que en un momento pagó todas las fatigas de izar la vela, echar mano a los remos y navegar despojándome de mis certezas. Me dijo: “Siempre he rogado a Dios: por favor, muéstrame la senda justa, no me permitas andar fuera de tu senda [...] Y Él me ha hecho encontrarte [...] ahora le quiero mucho y bien”.

Reconozco que he sido un privilegiado: el Señor, sabiendo que mi permanencia en Turquía iba a ser tan corta, ha querido concederme gracias a un ritmo concentrado e intenso. No tengo la pretensión de pensar que las cosas sucederán siempre con la misma facilidad y mucho menos que las respuestas lleguen con tanta evidencia. Pero porque el cuadro que he presentado podría parecerles idealista o ingenuo, he querido compartir con Uds alguna de las gracias que el Señor me ha hecho vivir, hechos concretos reales, convencido de que como he leído en alguna parte “lo que existe es posible por definición”.

Gracias por su atención y por su paciencia en escucharme.